

en el que era su puesto un rumero de cajas de cerveza. Nada más había adentro. Soledad, polvo, colillas de cigarrillos, sucio ya antiguo en las baldosas. El viejo filósofo guajiro, ese que pensaba ir un día a Madrid con el objetivo único de comprar libros, dio media vuelta y se marchó a su sórdida pensión. La tristeza se le enredaba entre los pies. Todo se estaba acabando. Todo se estaba perdiendo. Ya no tenía, siquiera, un lugar en Montería para beber soda y hablar mal de Borges.

1989

(Tomado de *Crónicas para intentar una historia*, 1998)

.....

HABÍA UN VIEJO RENCOR ENTRE LA CORRALEJA Y LA LLUVIA

*"Entierro a los muertos en mi vientre"***A. RIMBAUD**

I

Cuando el toro negro de la mala suerte embistió con saña el costado oriental de la corraleja de Sincelejo, eran las cuatro y veinticinco de la tarde del día 20 de enero de 1980.

En ese instante estaba empezando la lluvia. Una lluvia menudita que obligó a mucha gente a guarecerse debajo de los palcos. Era una lluvia de enero, insólita, impertinente, quizá vengativa.

Un año antes, en otro enero de sol y polvo, la lluvia había caído durante cuatro días consecutivos. Algún viejo rencor existía entre el dios de la lluvia y las corralejas de Sincelejo. En esa ocasión nada había pasado.

Un hombre de pocos kilos, de regular estatura, de pelo escaso pero desordenado, nombrado José de los Santos Martínez, vio, un minuto después de las cuatro y veinticinco, cómo el primer palco comenzaba a desplomarse.

Era un espectáculo desconcertantemente sádico.

Con los ojos paralizados, José de los Santos Martínez observó cómo el palco, tal si estuviera hecho con horcones de gelatina, se inclinaba hacia atrás, lento, desesperante, empujado por una fuerza invisible, desconocedora del perdón. Su mujer, muy cerca de él, atendiendo la venta de pan que trajeron desde Chimá, empezó a gritar, a invocar a Dios y a pregonar que había temblor de tierra. En efecto, cualquier desprevenido hubiera podido afirmar con tal convicción que un movimiento sísmico había destruido un tercio de la corraleja de Sincelejo.

II

El tercer piso cayó encima del segundo, el segundo cayó encima del primero, y el primero cayó encima de las cantinas y de la multitud.

El dios de la lluvia había desatado su furia.

Repitiendo el macabro ejemplo del primero, otros siete palcos se vinieron a tierra. Llovía a tinajas. La gente atrapada entre el descomunal peso de la madera y la dureza del suelo seco moría destripada sin tener la oportunidad de un lamento. Eran muertos irrevocables.

Los que estaban en el primer piso quedaron emparedados entre los aplastados de las cantinas y la fuerza enorme de los espectadores del segundo piso, y éstos, a la vez, sucumbían entre la presión proveniente de la masa confusa y alocada que gritaba en el tercer piso. Y pensar que en siete palcos más sucedió lo mismo.

La lluvia no se compadece de los humanos muertos.

Tampoco la fuerza de la gravedad se compadece de los humanos vivos.



Corraleja en Sincelejo (Foto J.L.G.G.)

III

Gritos.

Lamentos.

Llanto.

Ojos locos. Ojos de espanto. Lluvia. Lluvia. Lluvia.

Los palcos partidos por sus mitades, parecían bombardeados.

Policías, Defensa Civil, voluntarios, padres enloquecidos removían los primeros escombros. Buscaban una esperanza. Un guiño de vida.

Tablas, listones, horcones, sillas, bancas, hojas de zinc, botellas, zapatos, camisas, pedazos de trajes, cajetas de cigarrillos. Todo amontonado. Una montaña hecha de objetos y de muertos. Todo mojado.

Porque encima de todo estaba la lluvia.

Gritos

Lamentos.

Llanto.

Un niño destripado. Un hombre con los ojos saltados de sus órbitas.

Una mujer con la cabeza aplastada.

Otro hombre con el cráneo blando, como hecho de barro primerizo.

Una niña decapitada, cuyo traje estaba sucio de sangre y lodo.

Las primeras sombras amenazaban desde el horizonte.

IV

Y las sirenas y el ruido del miedo en las gargantas y el absurdo con su ojo torcido y pasos que corrían a ninguna parte y nombres que se llamaban y silencios que contestaban y las lágrimas como una lluvia más y la noche que extiende impasible sus dominios y muertos con su mueca definitiva y heridos pálidos que parecían muertos y las órdenes y las contraórdenes y la locura creciendo y el barro creciendo y el dolor creciendo como un globo macabro sobre el cielo penumbroso de Sincelejo.

El ulular penetrante de las sirenas.

Los pasos precipitados de los camilleros.

Los corajudos hombres del pueblo con su muerto auestas.

Gente despavorida yendo a las casas para constatar los vivos.

La noche que llega. La lluvia que cae. En la plaza, invisible pero presente, ondeaba la bandera de los fémures y la calavera, esa que enarbolaban otrora los despreciables bucaneros.

Gente desesperada, apartando tablas, zinc, sillas, mesas, cosas detestables, obstáculos para la vida. Y entonces la muerte sumergida en el barro. Rostros en el barro. Cabellos en el barro. Cuerpos atenazados contra otros cuerpos. Lluvia. Noche. Llanto.

Cadáveres anónimos rumbo a los volquetes. Sucios. Mojados. Apilados como astillas de leña. Muertos que olvidaron sus facciones de vivos. Rostros abotagados, irreconocibles. Caras para la muerte.

V

También los ilesos tienen su historia.

Ilesos por un segundo. Por un gesto de atrevimiento. Por una sonrisa fugaz de la buena suerte.

La niña de cuatro años que se lanzó desde un segundo piso y fue a dar accidentalmente a las manos abiertas de un mantero sorprendido. El cuentista que cuando sintió que todo tambaleaba corrió hacia un horcón

interior, se impulsó en él para llegar a los mangles de la valla y de allí se abalanzó como un demonio hacia el suelo. Pálido, sudoroso, corrió a toda pierna hasta su casa. Allí, dos horas después, al experimentar ardor en los ojos, comprobó que su única pérdida eran las gafas. La mujer histérica, cabellos revueltos, que antes de tirarse a la plaza invocaba la intervención de todos los santos. Cayó encima de una trifulca de borrachos. Ella tuvo suerte. Uno de los borrachos, no. A los pocos minutos agonizaba en el hospital, víctima de una conmoción cerebral.

Pero entre los vivos no todos resultaron ilesos.

Fracturados, pisoteados, descalabrados, heridos por el filo inclemente de la madera rasgada.

Una señora, presa de pánico, bajaba por la escalera llevando su niña de brazos. De pronto un empujón. La niña se le deslizó, golpeó su cuerpo contra las barandas, rebotó en una mesa de fritos y cayó en el caldero lleno de manteca caliente que ya a esa hora chirriaba por los goterones de lluvia. La criatura fue sacada en medio de dolorosos alaridos. Cuando su madre la llevó a la Cruz Roja y trató de entregarla a una enfermera, el cuerpecito se resistió, se adhería a las manos de su madre.

La enfermera se la arrebató. Entonces la madre se dio cuenta de que en sus dedos habían quedado varias tiras de piel.

Muchos parecían heridos por un toro vegetal. La madera astillada se convirtió en cuernos despiadados. Hería con una eficacia horrorosa. O propinaba golpes secos, demoledores, de esos que despedazan en silencio las vísceras. Algunos de estos heridos murieron un poco después por hemorragia interna.

Algo parecido le ocurrió a una mujer gorda, pelo ensortijado, dueña de un trasero descomunal, que tenía una cantina debajo del tercer palco desplomado. Abrió su nevera de palo para sacar una cerveza. En el momento un listón biche se le desgajó en la cintura. Allí quedó, aprisionada, balanceándose, respirando quedo, muy cerca del suelo su cara gorda. El

mismo listón que la había golpeado le evitó que el resto de escombros le cayera totalmente encima y la matara por asfixia. Cuando charlábamos con ella nos dijo más cercana a la alegría que a la tristeza: “Perdí la plata que había metido en la cantina, pero gané la vida. Escriba que yo nací el 20 de enero a las cuatro y media de la tarde. Pero nada de radio... porque mi mamá sufre del corazón”.

VI

El lenguaje agudo de las sirenas.

El ronquido de los volquetes mojados.

El pito de los camperos. El pito de los taxis.

Voces pidiendo paso. El tórax de un herido sube y baja lentamente.

Un muerto con los ojos detenidos en la nada.

Las sirenas.

El llanto de la muchedumbre. Las puertas del hospital abiertas de par en par. Vivos. Heridos. Y muertos. Médicos. Enfermeras. Y voluntarios. Lágrimas que descienden de los ojos hacia la boca.

Los ojos rojos.

La boca salobre. Salobre es el sabor del dolor.

VII

La mala suerte siempre llega en abundancia.

Los dos hospitales de Sincelejo fueron insuficientes. Los puestos de socorro coparon toda su capacidad. La solución inmediata se vislumbró en los hospitales de las otras ciudades cercanas. Por la llanura costeña iban y venían las ambulancias. El asfalto, lleno de baches, ulcerado por el uso constante, soportó altas velocidades.

Corozal. Chinú. Sahagún. Lórica. Cereté. Montería. Recibieron los primeros heridos. Abrieron sus corazones en un gesto de solidaridad magnífica. La tragedia no era exclusiva de Sincelejo. Era de la Costa entera. Era de Colombia. De Cartagena y Barranquilla llegaban socorristas. De todos

los puntos cardinales de la patria adolorida fluían las medicinas. Yeso, sangre, antibióticos, morfina. La radio fue una sola voz. Transmitió toda la noche. Informó con audacia y gran objetividad. Se puede decir que esa noche la Costa no durmió. El insomnio fue colectivo. Cada quien aguzaba el oído. Esperaba encontrar, en la lista de los muertos, algún nombre que le fuera familiar o conocido. Cualquier información procedente de Sincelejo hacía acelerar la respiración y palidecer el rostro. Se puede decir, sin ninguna exageración, que los costeños éramos habitantes del miedo. No podíamos no ser. Pues como dijo una fritanguera enjuta que tenía por rostro un acordeón diminuto: "Siempre uno debe esperar lo peor".

VIII

El hospital está pintado de blanco y tiene afuera palmeras verdes. La noche del 20 de enero tenía la actividad de un mercado dominical y el dolor repartido de un velatorio trascendente. Las baldosas perdieron su color. Las batas de los médicos y los uniformes de las enfermeras y religiosas quedaron salpicados de barro y sangre. La gente se atropellaba. Buscaba un encuentro. Deseaba hallar al pariente vivo. Pero de pronto, inexorable, la frenaba la guadaña de la muerte. Muertos en la morgue. Muertos en las camillas. Muertos en los pasillos. Muertos en los corredores internos. Muertos en la Unidad Intermedia. Muertos en la Cruz Roja. Y la estela fatídica se extendía hasta Corozal. Médicos atendiendo a mujeres, a hombres y a médicos. La guillotina tenía los ojos ciegos. Hace rato se sabía: la muerte unifica y nivela. En esta ocasión se comprobó.

IX

Por la mañana, como en el corrido mexicano, el cielo amaneció encapotado. Parecía que aún no había agotado su carga de lluvia. Buscando a los desaparecidos continuaba la remoción de los escombros. Muy cerca del último palco que se desplomó encontraron destripadas a dos niñas. Sus

cuerpos eran una masa embutida en tela. Los dueños de las cantinas contemplaban con ojos tristes cómo había quedado aplastada esa esperanza económica. Algunos separaban con los pies las tablas destrozadas. ¿Qué buscaban? Otros recogían el saldo que les dejaba la tragedia. Amontonaban las botellas vacías. Despegaban del barro húmedo los espaldares de las sillas. Escogían las hojas de zinc y los armarios con posibilidades de uso en otra fiesta. El daño había sido grande. La corraleja genera una economía de principio de año. Muchas personas invierten sus ahorros o acuden a los prestamistas para instalar un negocio que si deja frutos les puede significar la manutención y el desahogo en los 11 meses siguientes. La audiencia de guaraperos, baratijeros, ruleteros, vendedores de pan, de carne asada, de ron ambulante, fritangueras tostadas por el sol y la manteca caliente, curiosos que más tarde serán formidables narradores orales, crecía sin cesar. El desastre había dejado muertos y quebrados. Muchos lloraban a los muertos. Otros se lloraban a sí mismos: habían fracasado. Les quedaba la cara hosca del prestamista, el rictus impenetrable que no conoce de sentimientos.

X

Durante toda la madrugada los sincelejanos lloraron a sus muertos. Lamentos profundos, inconsolables salían de humildes ranchos de palma, o de casas de bloques sin repellar. Allí frente a los cadáveres de sus hijos, las madres agotaron su caudal de llanto. Luego, dueñas de la serenidad extraña que a veces proporciona el dolor, hacían preguntas a oídos sordos, a ojos entreabiertos que miraban a ninguna parte, a rostros magullados, transformados, desconocidos por la ferocidad de la muerte. Nadie podía contestarles. Nadie podía responder por la aparición del absurdo. En las facciones desencajadas de los vivos había sorpresa y miedo.

En la quietud de la noche inmensa los gritos fueron eco de un dolor mayor: el dolor del pueblo que no tiene voz, pero sí tiene muertos.

Los velorios acabaron a los rezanderos. En muchas casas hubo que improvisar recitadores de misterios y letanías. Hombres y mujeres que acudieron a la fragilidad de su memoria o a viejos catecismos maltratados por el tiempo y el olvido. Rodeando los cadáveres, los dolientes acompañaban los rosarios, mientras sus ojos escaldados por el traspaso y la pesadumbre se inundaban, una vez más, de agua dolorosa. Pocos metros adelante, una mesa cubierta por una sábana blanca resistía el peso de las velas, de las flores nocturnas traídas del jardín vecino, del vaso de agua con un algodón encima colocado allí para que el espíritu del difunto baje a mojar sus labios cuando esté sediento. Y dominando todo su contorno, el crucifijo mil veces utilizado, con las mismas heridas en los costados, impávido, espectador silencioso del drama que azota la conciencia de este pueblo ubicado en los calores locos del trópico.

XI

A las nueve de la mañana del día 21 empezaron a apagarse los cirios funerarios.

A esa hora los primeros ataúdes fueron conducidos al Cementerio Central.

Un mosaico macabro desfilaba por la calle del Charcón. La mayoría de los muertos iba en cajas sencillas, rústicas, pintadas de un gris apresurado y lamentable. Algunos ni flores llevaban. Descansaban en el vaivén lento de los hombros de familiares y amigos. Otros, al por mayor, eran transportados en volquetes. La gente, a lado y lado de la calle, se quedaba estupefacta, sembrada en los predios del espanto. No había sol. De súbito el ulular de la sirena. Muertos o heridos. Un calor pegajoso comenzaba a apoderarse del ambiente. Muchas mujeres, al paso del interminable cortejo, sacaban sus pañuelos. Intercambiaban lágrimas y pesares. Sincerejo estaba paralizado. El comercio cerró sus puertas. El alcalde había exiliado el alcohol y los tumultos. A lo largo de la vía, centenares de fotógrafos obturaban sus

cámaras. Las filmadoras desenroscaban su ruidito impertinente. Había que dejar un testimonio. Reseñar para la historia.

XII

Cien metros antes de llegar al cementerio empiezan los árboles. Después las escaleras. Más cerca, las gradas, la puerta de hierro de la capilla. A izquierda y derecha se diseminan las bóvedas. Blancas y azulosas. Encima de algunas los ángeles del Apocalipsis. Las trompetas largas, sólidas, abiertas al final como las flores de la muerte. El gesto definitivo, dispuesto a despertar de un sopor eterno a los pobladores del camposanto. Una palmera que se mece con la prudencia que el instante exige. Al frente, un árbol, sin nombre, de origen desconocido, maltratado por el tufo del verano, se balancea con la melancolía de los muertos próximos. Los cementerios han dejado de ser sitios repugnantes y tenebrosos. Los han humanizado para la muerte. Las lápidas son menos dolorosas. Mantienen la vigencia muda del recuerdo.

Al sellar las primeras bóvedas se iniciaron los primeros llantos.

Gritos dolorosos provenientes del fondo del alma.

Invocaciones al nunca regreso.

Racimos de un solo llanto.

Los sacerdotes leyendo al profeta Isaías.

Algunas jóvenes vestidas de luto riguroso llevan coronas de flores marchitas. Niñas de trajes negritos cargan bonches rojos tronchados al amanecer.

Los sacerdotes nombran a los muertos.

Los muertos tienen nombres de vivos.

En las gradas de granitos los ataúdes se anticipan al descanso eterno.

Un hombre, orate o borracho, duerme agachado en el costado oriental de la capilla.

Magro, de sombrero concha e'jobo, nariz fileña, ojos penetrantes, uno de los sepultureros, por carecer de palustre, echa con la mano la mezcla sobre la tapa de la bóveda. Tapa bien. Está seguro de que esos muertos nunca serán Lázaro.

XIII

Después de las doce salió el sol.

Fue al principio un sol tímido. Luego adquirió coraje. Las sombras de los ataúdes que conducían por la calle del Charcón, ondulaba como casi todas las calles de Sincelejo, se proyectaban en el pavimento. El sudor perlaba las frentes. La gente se había desgastado los ojos de ver tanto muerto. En la esquina donde queda Transmisora Sucre, un grupo de viejos discutía entre maldiciones y amenazas. No fue difícil escucharles protestas contra los improvisadores de palcos, contra los que reparten responsabilidades sin pensar en el valor de la vida. Uno, hombre de pocas hebras en el cráneo y abundantes cejas, blasfemó contra los que distorsionan el espíritu de las tradiciones. Habló de su tiempo de juventud, del año 30, de la época en que los muchachos eran obedientes y se podía dormir en las noches con las puertas abiertas. Los ceños estaban arrugados. Hablaban en voz alta. Para que los oyeran. A determinada edad se pierde cualquier miedo. El que fumaba un mocho de tabaco, ojos fruncidos y palabras roncadas, afirmaba que todo se debió a la malditidad del hombre y a la mala suerte, ¿era que acaso no se habían dado cuenta de que cuando empezó el desplome de los palcos en el centro de la plaza estaban tres toros negros, criollitos, puntas claras, quietecitos, como embrujados, mirando sin entender, dejando que hombres y mujeres, olvidados del mortal peligro de sus cuernos, les pasaran por los lados en estrepitosa desbandada?

Los viejos siguieron hablando hasta el anochecer. Se desentendieron de los féretros, que seguían cruzando y cruzando. Desde lejos se les veía gesticulando, imprimiéndoles energía postrera a sus ancianidades. Sólo les

faltaba la túnica para semejarse a una reunión informal del senado romano, si son fieles los cuadros que traían los textos de historia de treinta años atrás. Los viejos se dispersaron con las primeras sombras. Iban hacia el sueño o hacia la muerte.

XIV

Regresamos a Montería en el bus de la medianoche. El silencio no fue nuestro acompañante. La mayoría de los ocupantes era dueña de alguna pérdida. Los lamentos, los comentarios, el llanto cortico, el hipo, las lágrimas sumergidas en un pañuelo arrugado. El transcurrir del tiempo trajo más muertos. Alguien habló de su sobrino, un estudiante de Ciencias del Mar que vino a Sincelejo a respirar el aire de la sabana, hastiado de la limpidez ofensiva del salitre, y la muerte lo esperó para destrozarle el cráneo. Un herido, enyesado en el brazo y en la parte derecha del tórax, curado de raspaduras en la cara y con veinticinco puntos en su muslo izquierdo rasgado por la punta de un mangle, comenzó a contar cómo el palco donde él estaba se había ido desplazando hacia atrás, atacado por un vértigo inexplicable, segundos después de haber escuchado un ruido leve, una especie de rechinar de dientes que le estremece el recuerdo. Antes de llegar a Sahagún, una insólita pareja de gallinazos se estrelló contra el vidrio delantero del bus.

—Goleros a esta hora... —dijo, dudosa, una vieja que iba cerca del chofer—. ¡Ave María Purísima!, todavía sigue la mala suerte —remató.

Nadie le contestó. Estábamos en la madrugada. La brisa que entraba por las ventanillas refrescaba el calor de los cuerpos en tragedia. Alguien fumaba. En el puesto de atrás una persona continuaba llorando. Un gato pardo, encandilado, nos miraba desde la distancia. Al amanecer, en Sincelejo, proseguirían enterrando a los muertos.

Enero, 1980

(Tomado de Crónicas para intentar una historia, 1998)